

# La niña y el libro de los colores

Daiana de Lucca



# Capítulo 1

## La niña y el libro de los colores

Había una vez un bosque apartado en el que vivía una familia. Una familia supuestamente feliz ante los ojos del mundo: cuando se movilizaban para hacer las compras en el pueblo más allá del camino marcado, o recibían visitas estrictamente programadas, sonreían, hacían bromas y ofrecían la idea de calidez y amabilidad.

Claro que en la soledad de la intimidad de aquel círculo, todo era diferente: las sonrisas se convertían en lágrimas, las bromas en gritos, la calidez en apatía y la amabilidad en recriminaciones. Cuando nadie los veía, la madre luchaba contra sus demonios internos; el padre, contemplativo ante el paso del tiempo, soportaba con resignación; y la hija, la pequeña de ojos profundos y graves, quería huir.

Sí, la niña soñaba todas las noches con escapar, pero, ¿cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía dejar a sus padres, que, a pesar de sus desvaríos, le habían dado un lugar en el mundo, y le habían contado cómo vivir en dignidad, al menos hacia el afuera? Gracias a sus consejos, había sido aceptada en la escuela cercana al pueblo, a la que iba caminando cada mañana. Gracias a su disciplina, era una alumna ejemplar, aunque lo que estudiara fuera más bien una distracción y no un interés genuino por aprender. Era como si estar con otras personas le hicieran vivir por unas horas una vida diferente. Además, el bosque era solitario y oscuro. ¿A dónde podría ir? Sabía de sobra por sus padres que nadie más vivía allí.

Fue uno de aquellos días en los que, al caer el sol, la niña regresó a casa en el camino rodeado de árboles con una noticia que le helaba la sangre. La maestra había hecho preguntas en clase, y ella había desaprobado la lección. No había conseguido dormir bien por la noche; los gritos de su madre no le habían permitido conciliar el sueño. Era extraño y doloroso pensar en eso, y en si decirlo en voz alta sonaba a excusa. No podía echarle la responsabilidad a las mismas personas que iban a definir la naturaleza de su castigo por su falta de respuestas correctas.

Mientras se quitaba el abrigo en la entrada, ya sintiendo las caricias del calor del fuego, la niña se preparó para lo inevitable. Vio a su padre sentado junto a la chimenea, con la mirada perdida, su larga sombra proyectándose en la pared contraria. Se aproximó con el cuaderno de notas en la mano, diciéndose que era mejor que él supiera antes lo ocurrido, por una razón que no era del todo clara. Él no solía tomar acción

o decidir represalias, y, sin embargo...

Estaba a punto de abrir el cuaderno cuando la puerta de la habitación se abrió, y su madre la atravesó con una mirada más encendida que las llamas que miraba su padre. Peligro.

—Te estaba esperando. Sí, precisamente a ti... ¿Has visto el estado de tu cuarto? Si no corriges eso, no comerás. ¿Qué pensarán las visitas si se abre la puerta por casualidad, y se ve ese chiquero? Tienes que ser ordenada, niña.

—Salí apresurada a la escuela. Lo arreglaré...

La niña debía enmendar su error. No podía hablar sobre su insomnio, y en parte era cierto que había salido tarde sin que la vieran... Mientras se vestía, con un mal movimiento, casi hasta había roto un pequeño pájaro de cerámica que había encontrado camino a casa hacía unas semanas, uno que había pintado de azul con sus propias manos en un momento de ocio. Sólo ese pájaro conseguía traerle paz, incluso si únicamente pensaba en él.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes ahí? —dijo la madre, sacándola de su fantasía y quitándole el cuaderno de las manos sin ningún cuidado. La niña se estremeció, pero aun así aguardó en su lugar el veredicto—. ¿No has cumplido con la lección del día? ¡¿Qué clase de niña no es capaz de estudiar algo tan simple?! ¡Y además has desordenado tu habitación! ¡¿Cómo puede ser?! ¡Eres un monstruo!

Gritó por sobre la cabeza de la niña, que se cubrió el cuerpo por instinto. Sin embargo, la mujer la dejó donde estaba y se metió en el cuarto de la niña. Aquello sería malo, eso estaba claro. La niña corrió tras su madre, y al entrar en su habitación, la vio tumbando los objetos de su pequeña biblioteca improvisada con maderas desiguales, la mesita donde hacía sus tareas y la cama donde dormía. Trató de detenerla en dos ocasiones, pero fue en vano. La primera, se ganó un empujón, y ni siquiera pudo quitarle el cuaderno que alzaba en alto mientras destrozaba todo a su paso. El segundo intento fue aún más catastrófico: cuando su madre tomó el pájaro de cerámica y lo arrojó al piso, la pieza estalló y los pedazos azules se esparcieron en derredor. La pelea había terminado... o eso parecía.

—¿Por qué rompiste eso? ¡¿Por qué?! —exclamó la niña, con un dolor desgarrador en el corazón, y se puso de pie con la intención de contraatacar, pero su madre actuó primero.

Fue un largo minuto en el que todo se puso oscuro. La niña sólo vio destellos de luces que se movían, y se cubrió con los brazos a modo de escudo. Soportó los golpes hasta que su madre dejó de gritar y se marchó. Quedó hecha un ovillo junto a la puerta, echada sobre un

costado, abrazándose el cuerpo, sin poder dejar de llorar. Desde su lugar, tan diminuto, podía ver los pedazos de cerámica azul a la distancia, junto con otros objetos que la hacían menos feliz, pero que igual ya no valían nada. Cuando su padre se asomó a la puerta, ella se dejó engañar por un instante de esperanza, pero sus ojos vacíos la regresaron a la realidad. Cuando él echó un vistazo a la habitación, y se retiró sin decir una palabra, fue como si no le importaba esperar la muerte. La niña pensó que a su padre tal vez no le interesaba la vida que llevaba, ni tenía sueños que cumplir. Quizás su existencia era como había quedado la habitación a merced de su esposa. Allí, ya nada estaba desordenado. Todo estaba roto.

Sin nadie alrededor, el cuerpo le dolía. El alma, todavía más. Pero la mente estaba agitada, y si ella era una niña mala, sería peor aún. En un arrebato de furia, con las lágrimas aun cayendo por sus mejillas y una fuerza que desconocía, se puso de pie. Corrió hacia la puerta del cuarto y la traspasó. Siguió de largo y salió por la puerta de la casa hacia la noche, con su madre gritando a sus espaldas que tendría que ordenar su habitación. Sufrió porque eso no le sorprendía, y porque no necesitaba ver la reacción de su padre ante sus acciones: podía verlo allí sentado en el sillón al calor del fuego, en silencio y ajeno a todo, como en un limbo.

La niña corrió y corrió, y fue por el camino de la escuela por instinto. Sin embargo, un momento después, supo que debía desviarse, o la encontrarían. Se internó en el bosque, que era tan tenebroso como siempre, y notó que el dolor era mucho más inmenso que el miedo que sentía de estar allí, tanto que no le importaba correr peligro si tenía que quedarse allí a dormir. La angustia era tan grande que tardó un buen rato en recorrer los alrededores para encontrar árboles cerca de áreas de gramilla un poco más planas para apoyar la espalda. Había hallado un lugar aceptable cuando le llamó la atención una luz a poca distancia, y eso la contrarió. No parecía una fogata, ni una luz para leer de noche. Era algo más. No debía ir hasta ese lugar y lo sabía, pero a la vez, si estaba sola y exhausta, quizás allí encontraría la clave para ocultarse y pasar una mejor noche que al lado del árbol que la acompañaba.

La niña trazó mentalmente la ruta de regreso por si acaso, y, paso a paso, siguió la luz que se movía entre los árboles. Estaba a punto de salir al claro del que provenía el destello, cuando de repente se apagó. ¿Acaso se había tratado de un artilugio? ¿Tal vez ella estaba tan dolorida que ya alucinaba? Tenía que haber una explicación. Decidida a encontrarla, pasó por entre los últimos dos árboles, y se quedó estupefacta.

En ese claro, a escasa distancia, había otra casa. Una casa tétrica, triste y sin color, que no podía distar más de su hogar. Donde la niña vivía, la belleza estaba en el exterior, y el sufrimiento oculto bien adentro. Lo que tenía enfrente, en cambio, parecía difícil y pesado, y no se escondía de

sus propias sombras.

Pero la luz volvió a aparecer. Se había convertido en pequeños puntos suspendidos en el aire, en la ventana. La niña se acercó, y apenas llegaba al alféizar, pero al asomar la cabeza, parada sobre las puntas de los pies, la luz volvió a apagarse. Ella intentó identificar algún objeto en el interior de la vivienda, pero le dolían los ojos de tanto llorar, y era agotador. Al final, hubo un ruido. Era la puerta de la casa que se abría. La niña se asustó y cayó al suelo, manchándose el vestido de tierra. Trató de levantarse para meterse entre los árboles otra vez pero era demasiado tarde.

Una figura encapuchada se erguía frente a ella. Era casi como un fantasma, pero vestido de negro. Se apoyaba en un trozo de madera rústico, como un bastón. Cuando su voz sonó, fue claro que se trataba de una mujer.

—Niña, ¿qué haces aquí, colgada de mi ventana?

Dio un último paso hacia la niña, y entonces esta pudo ver a la luz de la luna la mano que tomaba el extremo superior del bastón. Un extremo que estaba tallado con la forma de un ave, tal y como aquel pájaro de cerámica que había encontrado en el camino, ese que había pintado de azul. Ese que había roto su madre, al tiempo que la declaraba un monstruo igual a ella.

—Niña... ¿Vas a responder o no?

La niña tragó saliva. No podía dejar de pensar en los pedazos azules tirados por el piso de su habitación.

—Yo... me enfrenté a un monstruo – susurró, porque en todo caso, si era un monstruo, entonces su madre también lo era. Era imposible que hubiese nacido de algo mejor.

La mujer encapuchada la escuchó en silencio, y al cabo de un momento, soltó un suspiro.

—Ya veo. Entonces, entra. —Se volvió—. Una niña que enfrenta a un monstruo es una niña valiente.

Comenzó a caminar hacia la puerta de la casa y al pasar, la dejó abierta. La niña miró a su alrededor, miró la tierra que cubría su ropa y lo peligroso del bosque nocturno en que se encontraba. Entró en la casa con miedo, pero dispuesta a hacerse responsable por sus decisiones. La sala en la que estaba, se veía casi vacía a excepción de una mesa, algunas sillas y la mujer que, aún encapuchada, parecía encontrarse revolviendo algo en otra mesita más allá, dándole las espaldas. Había dejado el bastón

con puño de pájaro junto a la puerta, y la niña lo examinó con detenimiento. Sí, parecía ser el mismo que su madre había destruido...

—¿Has dicho la verdad? —inquirió la mujer, caminando hacia ella con un plato entre las manos. Se desvió un momento hacia la mesa, y se quitó la capucha para mostrar su rostro. Era de edad avanzada: tenía la piel bastante arrugada a pesar de su voz jovial, el cabello canoso y los ojos increíblemente negros—. Mentir es hacer un desaire a la hospitalidad. Las niñas valientes no deberían ser mentirosas —comentó, y puso el plato sobre la mesa antes de ir a por el suyo propio.

La niña se quedó mirándola alejarse, contrariada por su apariencia, que no parecía tan amenazante como la que había visto en el exterior de la casa, y acabó por sentarse a la mesa para comer. Lo que tenía delante era avena con manzanas trozadas, y nueces. Cuando lo probó, le pareció que era aún más delicioso que la versión que hacía su madre.

Entonces, la culpa afloró.

—La verdad es que sí me enfrenté a un monstruo... —confesó— pero me ganó, y hui.

Finalmente había huido, como había deseado hacerlo siempre. ¿Por qué no se sentía tan bien como había imaginado?

La anciana regresó con su plato y se sentó justo enfrente de la niña. No la contempló de arriba abajo. En cambio, la miró con curiosidad, como intentando descifrarla.

—Mmm. ¿Huiste por el bosque?

—Sí. Y entonces... vi las luces en la ventana.

—Mmm. —La anciana entrecerró los ojos—. Come, niña. También puedes dormir aquí si lo deseas. —Metió un dedo meñique en la avena y luego se lo chupó con un sonido de satisfacción—. Si has visto esta casa, es porque este es tu lugar. Pertenece a nuestro círculo.

—¿Círculo?

—Casi nadie puede ver este lugar donde estamos. Eso es porque sólo podemos ver y vivenciar aquello que es parte de nosotros. Estás aquí, y mañana sabrás por que el destino te ha traído aquí. He dicho que comas, ¿por qué no comes?

Lucía molesta, y la niña se apresuró a tragarse la avena. La mujer engulló mucho más rápido que ella, y pronto la niña se paraba para lavar ambos platos a modo de agradecimiento. A continuación, ante la mirada atenta

de la anciana, se sentó en el piso en una esquina del cuarto, y se abrazó las rodillas al pecho.

—¿Qué haces?

—Me preparo para dormir.

—No irás a dormir ahí, claro que no. Mucho menos en ese estado. Sígueme.

Así, la niña siguió a la anciana hasta su cuarto. Allí sólo había una luz de noche y una cama enorme, muy parecida en la que la niña dormía con su madre cuando era más pequeña. Fue la mujer quien metió la mano debajo y extrajo un segundo colchón, fino pero limpio, para ofrecérselo.

—Dormirás aquí, a los pies de esta cama... pero antes, ve a asearte. Estás cubierta de tierra. Para eso, tienes que cruzar el pasillo.

La anciana volvió a salir de la habitación, y señaló el pasillo que comenzaba justo a la izquierda. Era largo, muy negro y tenía el piso de madera vieja. En el otro extremo había dos puertas, una a la derecha, en la penumbra, y otra al final, iluminada por un plato con una vela. Apenas la niña puso un pie sobre el material, lo escuchó crujir.

—¿Esa esa puerta de allá atrás?

Estaba a punto de avanzar, pero cuando la anciana le puso una mano en el hombro, con la fuerza de una garra, se quedó inmóvil oyendo su voz.

—Cruza rápido y sin hacer ruido. Y hagas lo que hagas, no abras la puerta de la derecha. No la golpees. No provoques.

—¿Provocar qué? ¿Por qué? ¿Qué hay allí?

—Un demonio. Y si llamas su atención, se come una parte de ti. Así que más vale que te apresures, niña.

Soltó el hombro de la niña y le dio un pequeño empujoncito, suficiente para que la madera debajo de sus pies volviera a crujir. A la niña le pareció que había movimiento en esa puerta misteriosa que contenía la maldad, y sintió un escalofrío.

—Si no te aseas y regresas en diez minutos, no te dejaré pasar la noche aquí —concluyó la anciana, y se metió en la habitación, dejándola entreabierta.

Ahora sólo quedaban el pasillo y la niña. Esta dio paso tras paso cuidándose de no hacer ruido, pero no pudo evitar detenerse frente a la

puerta del demonio. Había oído historias sobre cosas parecidas, pero nada como eso. Además, ¿un demonio escondido en una habitación? ¿Cómo era que no se escapaba? ¿Cómo podía contenerlo una simple puerta? Parecía cosa de cuentos fantasiosos.

Mirando por debajo de la puerta, un haz de luz se colaba por debajo, como si dentro alguien tuviera una luminaria. Se veía una sombra como de pasos, pero su forma era inusual, como entrecortada, inquieta, enredada.

Algo estaba mal.

La niña se apresuró a llegar al final del pasillo y tomar la vela antes de meterse en el cuarto de aseo. Allí, había algunos harapos para humedecer en cubos llenos por la mitad. El agua estaba un poco sucia, pero alcanzó para que la niña pudiera limpiarse las ropas y el cuerpo. Sólo utilizó cinco minutos, porque de repente sintió la urgencia de ponerse en marcha.

El camino de regreso por el pasillo fue igual de dificultoso que el de ida. Intentaba pisar como si fuese tan liviana como una pluma, pero no había forma de evitar que el piso crujiera. Ya pasando la puerta del demonio, el ruido se hizo un poco más fuerte, y algo se removió allá adentro. El cuerpo de la niña se tensó, y se apresuró a caminar sin correr.

Cuando abrió la puerta de la habitación de la anciana, la vio sentada sobre la cama, sobre sus rodillas, con las manos sobre un gran libro. Un volumen enorme que, más allá de la luz de la vela en la silla junto a la cama, parecía brillar al pasar las páginas.

—¿Qué es ese libro? —quiso saber la niña, pero la anciana, ya en sus ropas de dormir, lo apartó de golpe y lo metió debajo de una de sus dos grandes almohadas. Después, apagó la vela con un soplado y se acostó dándole la espalda—. Mañana, niña. Mañana.

La niña, a oscuras, fue hasta su colchón delgado y se dejó caer allí. No tenía una almohada, pero eso no importaba. Al menos la distracción de la anciana y del demonio había conseguido que el dolor de su cuerpo desapareciera por un rato. Cuando se quedó en la misma posición durante unos minutos, comenzó a entumecerse, y volvió a sentir la espalda tiesa y los brazos machucados bajo la fuerza de los golpes de su madre. Terminó por acurrucarse tal y como había hecho en su cuarto, cuando su padre había posado la mirada en ella y en la habitación, aunque en realidad no veía nada. Incluso con esa incomodidad, los recuerdos que volvían, y la ventana abierta que no hacía más que crear sombras de árboles moviéndose bajo la luz de la luna, la niña se durmió.

La mañana la encontró en la misma posición, pero con los rayos del sol sobre ella. El sonido de los pájaros al cantar interrumpía brevemente los

espacios de silencio, y la cama de la anciana ya estaba hecha. La niña se puso de pie y miró el pasillo una sola vez. ¿De verdad ahí había un demonio?

En la sala, sobre la mesa había un plato de avena otra vez, y se sentó en ella para tomar unos bocados con una cuchara en soledad. No se oía nada más que la naturaleza a través de la gran ventana abierta, esa por la que se había asomado la noche pasada.

Las luces. ¿Qué había sido de ellas? ¿De verdad había alucinado?

Entonces un brillo asomó por la ventana, pero era distinto que el que la había llevado allí. Esta vez la niña estaba adentro de la casa, y la luz estaba por fuera, entre los árboles. Ella dejó la avena y salió a seguir el destello, que se fue multiplicando y convirtiéndose en muchos a medida que se acercaba y trazaba líneas con un recorrido irregular.

Unos pasos más adelante hacia el interior del bosque, al fin vio de dónde provenían las luces. Se desprendían del libro gigante que había visto la noche anterior. Este estaba abierto y apoyado sobre un tronco cortado, y la anciana parecía venerarlo porque movía de arriba abajo sus brazos a conciencia. Llevaba un vestido y una capa de un morado intenso, más hermoso que cualquier morado existente, que envolvía su piel arrugada y blanquecina. El color resplandecía y llamaba la atención como las llamas del fuego entre el verde furioso del fin del invierno que se cruza con el inicio de la primavera.

La niña se detuvo a contemplar el espectáculo con ojos maravillados. Los tonos se mezclaban, y las luces bailaban suspendidas en el aire, como si los movimientos de la anciana les otorgaran la vida. Incluso cuando ella dejaba de agitar los brazos, los destellos se descontrolaban describiendo formas diferentes, pero no por eso menos preciosas. La niña alzó una mano para tocar una luz que se le aproximaba, pero esta se escabulló, como asustada, y desapareció entre los árboles. Entonces la anciana, que en verdad era una hechicera, habló.

—Al fin la niña despierta. Al fin ha venido aquí.

—¿Puedo hacer bailar a las luces también?

Con la emoción a flor de piel, la niña estiró la mano hacia el libro sobre el tronco, pero la anciana se le colocó por encima como protegiéndolo, y se lo impidió.

—Mucho más que eso. Este libro es el libro más importante y poderoso de nuestro círculo. Ese que te hizo venir a mí, y ver la casa en la que vivo, y

el demonio que habita tras la puerta. Es la razón por la que te enseñaré.

—¿Puedo verlo?

—No. —La anciana lo cerró bruscamente—. Es muy temprano para ti. Comenzarás con el libro de los colores.

Se agachó a un costado buscando algo, y luego puso una pequeña caja de madera sobre el enorme libro que cuidaba con recelo. Lo abrió con una pequeña llave, y el contenido quedó a la vista. Parecía una colección de tarjetas, pero cuando se las dio a la niña, esta vio que estaban cosidas de un costado, formando un finísimo lomo. Al pasar las hojas, vio que eran tan sólo siete: negro, verde, azul, morado, rojo, dorado y blanco.

Pero no había palabra alguna, sólo el nombre de cada color.

—El libro de los colores —susurró.

—Correcto. Cada uno contiene una historia, y cuando puedas pronunciarla desde el alma sin decir nada, lo que digas se volverá realidad. Lo controlarás todo, y solo en ese momento podrás aprender sobre el libro más poderoso del mundo.

La niña no podía dejar de mirar su librito de colores, pero la anciana agregó:

—¿Puedes ver los pájaros?

La niña no pudo evitar alzar la mirada. Contempló a la anciana, que estiró los brazos como dándole la bienvenida a algo espléndido, y la niña los vio. Había destellos diferentes de aquellos que veía bailar en el aire como si tuvieran vida propia. Estaban entre las ramas de los árboles, a veces incluso colgando de ellas, y en ocasiones brillaban desde la gramilla.

La niña fijó la vista en uno de ellos a escasa distancia y cuando se acercó para apreciarlo mejor, distinguió que lo que tenía delante era efectivamente un pájaro, pero que no estaba hecho de cerámica. Era de cristal, y la luz que lo atravesaba se reflejaba en todo lo que había en derredor, formando imágenes como un caleidoscopio de esos que le habían mostrado una vez en la escuela.

Sí, eso era lo que había por todas partes, más allá de las luces danzantes. Había pájaros aquí y allá, proyectando destellos, creando formas y movimiento, junto con el viento. De vez en cuando aparecía algún pájaro de cerámica azul, de esos que había tirados por los caminos. Sin embargo, predominaban los de cristal, como si fuesen un llamado de

atención a lo maravilloso.

La voz de la anciana hechicera volvió a sonar.

—El pájaro equivale a la libertad. Si es de cerámica, puede romperse. Es vulnerable. Pero cuando es de cristal y la luz lo atraviesa, le muestra todas sus posibilidades... sus posibles caminos.

¿Cómo algo podía ser tan nuevo, y al mismo tiempo tener tanto sentido? La niña no lograba entender, pero algo le decía que siempre lo había pensado.

—Ser como un pájaro de cristal —dijo la anciana. ¿Es eso lo que quieres?  
—La niña asintió, decidida. La anciana sonrió—. Entonces es un trato. Te enseñaré, y tú te quedarás conmigo como mi aprendiz. Suena razonable, ¿no es así?

—Sí. Quiero ver los caminos. Por favor.

Así fue como la niña comenzó a aprender de la anciana hechicera. Ella le permitía preparar recetas de brebajes para atraer la suerte, la animaba a armar colecciones de piedras para intensificar la fuerza individual, y le enseñaba adivinar el futuro en cartas con dibujos de peces amarillos. Como recompensa, le dejaba sentarse entre los pájaros de cristal y admirar las formas y destellos que producían, como un ensueño, como si de ellos pudiera obtener una profecía.

El libro de los colores era fascinante.

Comenzaba con el negro porque la niña estaba en la oscuridad antes de encontrar el sendero hacia la magia. Simbolizaba los hechizos más simples y con los que más podía soñar alguien antes de saber que podían volverse realidad: encontrar las palabras correctas, crear silencio y ahogar la tristeza.

Verde porque el camino era natural, ella formaba parte del círculo. Era capaz de ver cosas que otros no. Estaba relacionado con el honor y el legado, y de él se podían obtener habilidades como liderazgo, influencia y poder de atracción.

Azul porque era el color de la pureza, al cual se acercaba cada vez más a medida que se entregaba a estudios más complejo. Era importante conocer bien dónde estaba el balance entre el bien y el mal entre todas las posibilidades, tan importante como reconocer un pájaro azul pintado de cerámica de uno de cristal: de cerca eran muy diferentes, pero si se los miraba a la distancia, se confundían. Su uso permitía hacer a las personas más compasivas, más propensas a compartir, y también llamar a los

espíritus para que las acompañaran como forma de protección.

Sí, la niña aprendía rápidamente. Su corazón se regocijaba y llenaba con la lección diaria de la mañana, y con la conversación fría de las tardes, y las conclusiones junto a las plantas de jardín al atardecer. La felicitaban porque pronunciaba cada vez mejor en sus silencios las palabras que acompañaban el libro de los colores, pero también cada día que pasaba el demonio volvía a golpear la puerta, el pasillo a crujir, y la niña a caminar intentando ser una pluma.

Y un día, el viaje de regreso del cuarto de aseo fue diferente.

La niña salió de allí con el grado correcto de cuidado, y como siempre, se oyó un movimiento al otro lado de la puerta que no debía provocar... sólo que esta vez el ruido fue muy fuerte, casi como un estruendo, y algo golpeó contra la puerta. La niña llegó al final del pasillo, casi tiesa, mientras metía la mano en el bolsillo del vestido y sacaba el libro de los colores, por si acaso.

Un segundo golpe, y un tercero, y un cuarto, y la niña retrocedió un paso más, conteniendo el aliento. Entonces, la cerradura de la puerta salió expulsada hacia el pasillo, y hubo un silencio en el que la niña sólo escuchó su propia sangre corriendo por sus venas.

Retrocedió aún más y miró por sobre su hombro a la habitación que compartía con la anciana, pero no estaba. También miró hacia la sala donde comían, pero tampoco había rastro de ella. Ni ahí ni más allá de la ventana. Incluso la puerta estaba abierta hacia la noche sin razón alguna. ¿Qué estaba pasando?

La niña se conmocionó al escuchar un paso pesado y que hacía eco adentro de la habitación prohibida. Sólo consiguió posar la mirada sobre las formas del demonio que asomaba un instante, lo suficiente como para guardar en su mente la imagen de un remolino de líneas trazadas con tinta oscura y gruesa.

Recordando lo que había aprendido, la niña eligió. Pasó las páginas del libro y se detuvo en la morada, apretándola contra su pecho. Cerró los ojos, hizo el mayor esfuerzo por controlar su respiración agitada, y se concentró en las cualidades del color.

El morado, el color de la verdadera naturaleza, del ser, del baile y del movimiento en expresión. El color de aquello que fluye con seguridad, sin miedo a que le hagan daño. Hacía que las cosas pasaran más lentamente, y que quien lo controlaba manejara su propio tiempo en medio de la atmósfera etérea que se creaba...

Y, sin embargo, algo le hacía virar al azul. En el fondo, quería traer ante sí la protección de los espíritus.

No.

Se esforzó todavía más, apretando los ojos con fuerza, y volvió a pensar en morado. Podía escuchar los pasos del demonio que se aproximaban, como el tic tac de una próxima explosión.

Morado. Morado.

Y entonces, un viento fuerte entró por la puerta abierta de la casa, trayendo consigo una espiral de hojas de los árboles portadoras de una agresividad inesperada. Estas se interpusieron entre ella y el demonio, separándolos. La niña no se quedó a observar qué pasaba. Aprovechó la oportunidad y echó a correr hacia la puerta abierta, la atravesó y se metió en el bosque con el libro todavía pegado a su pecho.

Había corrido varios minutos cuando salió a un sendero y lo siguió, sin pensar hacia dónde iba. Ir a cualquier parte mejor que volver a enfrentar al demonio, sabiendo que iba a perder; hasta que, sin que pudiera preverlo, se chocó contra algo o más bien contra alguien.

—¡Niña! ¡¿En dónde has estado?! —gritó su madre, atrapándola en sus brazos, entre la desesperación y las lágrimas—. Hemos estado buscándote, ¿qué has hecho? ¿Adónde has ido? Oh, niña... ¡La niña ha llegado!

El abrazo que su madre le dio fue tan fuerte que la niña se olvidó del demonio, y rodeó la cintura de su madre apretándose a ella todavía más. La mujer la levantó en brazos, aunque ya no era tan pequeña como antes, y la llevó unos cuantos pasos por el camino hasta su antiguo hogar.

La casa que antes aparecía en sus pesadillas volvió a aparecer ante sus ojos. Nada parecía haber cambiado, pero cuando la niña se sentó a la mesa de la cocina, vio que en el medio había un florero con una margarita. Jamás había visto allí una flor. Su madre le sirvió avena con manzanas y nueces, pero tenía un sabor diferente al de la anciana hechicera. Era aún más dulce. Cuando la niña preguntó, su madre le dijo que también le había puesto canela; casi se le escapó una lágrima al contarle, y la niña no supo bien qué decir.

Así, frente a su cena, la niña escuchó el relato de cómo la habían buscado durante dos semanas, cómo habían visitado el pueblo y preguntado en todas las casas, cómo habían dibujado papeles con su nombre y su cara, y cómo habían deseado cada atardecer que la puerta se abriera y ella saliera del bosque, como un ser mágico buscando su escondite. Al final, su madre había decidido salir ella misma a esperarla, y finalmente ese día, su

deseo se había hecho realidad.

La niña atesoró cada palabra. Su madre era su madre, pero estaba distinta. Más humana.

Cuando arropó a la niña y se marchó dejando la puerta de su cuarto entreabierta, ocurrió también algo sorprendente. El padre de la niña, que hasta ahora no había aparecido, se asomó para ver si dormía. Como no era así, se acercó a ella, se sentó en la cama y le ofreció en silencio un pájaro de cerámica azul. Era el mismo que la madre de la niña había roto hacía unos días en un arranque de furia. Los pedazos habían sido unidos nuevamente, y la pintura nueva lo hacía reflejar un poco la luz si se lo colocaba de lado.

—Cuando desapareciste, tu madre pegó los trozos. Yo me encargué del color. Entre los dos, ordenamos la habitación. Debes mantenerla arreglada, porque ella no puede.

Se aclaró la garganta casi como en un gesto de vergüenza, colocó el pájaro sobre la cama y se marchó del cuarto volviendo a dejar la puerta entreabierta. La niña miró el ave de cerámica, y le pareció que aquello era una revelación. ¿Cómo había querido escapar antes de allí? ¡Si ahí tenía todo lo que necesitaba! Las personas podían cambiar. Eso estaba claro.

Ya no vino nadie más por un rato, pero la niña no consiguió dormir rápidamente. Al final sacó el librito de los colores de entre sus ropas de dormir para hojearlo. Estaba en penumbra, pero podía distinguir las tonalidades. Movié un dedo, y los colores se desprendieron de las páginas. Sus destellos danzaron y describieron formas diversas y juguetonas, iluminando las sombras de la habitación.

Cuando la energía empezó a decaer, volvió a mover un dedo, las luces desaparecieron y la niña colocó el libro bajo la almohada, tal y como la anciana hechicera le había enseñado. Era hora de descansar.

Fue en ese silencio cuando oyó el ruido de una rama que se rompía, y el eco de un paso fuerte. La niña abrió los ojos, y oyó otro paso. Y otro. Cada vez estaba más cerca.

Se incorporó en la cama deseando no escuchar lo que escuchaba y no pensar lo que pensaba, pero en el fondo sabía que no era posible. Miró hacia la ventana cuyo vidrio antes habían acariciado los destellos de color, y lo vio.

El remolino de tinta. El demonio acechando bajo la luz de la luna, proyectando su sombra cambiante y caótica por sobre la pared opuesta de

la habitación.

A la niña se le heló la sangre, y todo lo que sintió fue su propia respiración agitada.

El libro.

La niña sacó el libro de los colores de debajo de la almohada justo cuando la ventana del cuarto comenzaba a resquebrajarse bajo los golpecitos de las líneas más cargadas de tinta que floraban en el aire, listas para destruir.

Repasó los colores, intentó decirse a sí misma las palabras secretas que los invocaban, pero los nervios la distraían demasiado. El morado era difícil de invocar, necesitaba controlar sus pensamientos. Debían ser de curvas perfectas, y eso era demasiado complicado. Por más que lo intentó, y todo lo que pudo ver era el azul. El mismo azul que se le aparecía cuando llamaba al morado. Quizás ese color era el que, al pensarlo, la había conducido hasta su casa, y a su familia como forma de protección.

La ventana estalló con un estruendo, y la niña se cubrió bajo las mantas, al tiempo que gritaba. El demonio entró en el cuarto, sus líneas moviéndose más rápido y conteniendo a su interior vacío, rasgando el piso de madera casi como si no pudiese flotar sobre él. Cuando su tinta lo rozaba, producía también un sonido similar al de un cuchillo arañando un cristal.

Cuando la bestia enmarañada llegó a los pies de la cama de la niña, esta miró la página de color dorado de su librito. Le temblaban las manos, pero entonces la puerta de su habitación se abrió por completo. Era su madre quien la había empujado de repente y ahora estaba parada en el umbral. La niña la vio palidecer, y no era para menos con lo que tenía delante. Lo increíble era que podía ver al demonio. Tenía que ser parte del círculo.

—¿Papá?

Las palabras salieron de la boca de su madre, y la masa de tinta que componía al demonio se movió a la altura de lo que podría llamarse la cabeza para volverse hacia su madre. Realmente parecía un monigote de garabatos capaz de sentir.

La niña vio cómo su madre se aproximaba a él, y este no se movía. La contempló estirar la mano como queriendo; el demonio sólo se quedó ahí, esperando.

Y la niña entendió qué podía estar pasando. Esa cosa cuyas líneas se movían hacia todas partes, como queriendo escapar de sí mismas, se

quedaba tesa ante su madre. ¿Podía tratarse en serio de su abuelo? No pudo preguntarlo. Era demasiado extraño. La niña se quedó allí, se cubrió más con las mantas, y su madre volvió a hablar.

—¿Dónde está ella?

No hubo respuesta de parte del demonio. Sin embargo, sí hubo algo que se asomó por la ventana del lado de afuera, y que de repente se apareció adentro, en la habitación, caminando con un bastón con cabeza de pájaro. El pájaro igual al que su madre había roto sin piedad y luego reparado amorosamente.

La niña tejía historias en su mente, pero su madre le hacía las preguntas a la anciana hechicera como si la conociera desde siempre.

—¿Todavía lo tienes encerrado en el cuarto? —dijo, e hizo un gesto hacia el demonio—. ¿Aún lo usas según más te convenga?

La anciana hechicera sonrió apenas.

—El demonio sigue siendo una forma de mi espíritu. Todavía somos uno. Me alegra que lo recuerdes.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Has venido por mí? Hui de ti hace mucho tiempo. Ya no soy una niña.

—Lo eres, y siempre lo serás, sin importar cuándo ni cuántas veces quieras escapar.

La madre de la niña abrió la boca para contestar, pero entonces el padre de la niña también apareció en la puerta, aunque por sólo un momento. El demonio recobró el movimiento y se abalanzó sobre él, devorándolo. Cada línea que se comió su cuerpo, lo engulló completo volviéndolo un líquido colorado que resbaló por sus adentros hasta desaparecer entre el caos de tinta flotante que formaba su interior.

Rojo. El color que era capaz de encender lo más terrible en las personas, y que se debía manipular con cuidado, para enfriar las emociones que causaban catástrofes.

Cuando el demonio terminó, sólo se oyó el sonido del viento que se colaba por la ventana. El padre de la niña había desaparecido. No quedaba nada de él salvo vestigios de sus ropas de dormir y algunos cabellos castaños sobre la madera, junto al remolino monstruoso y satisfecho.

La madre de la niña gritó, y se arrojó al piso.

La niña se quedó muda, aferrada a las mantas.

La anciana volvió a sonreír.

—Como esa pequeña es tu niña, tú eres la mía. No puede elegir. Naturalmente, el camino la traerá de regreso al círculo... de regreso a mí para hacer todo lo que no hiciste tú. Es su legado. Su destino.

Sólo se escucharon los sollozos de la madre de la niña, que se había arrastrado para tomar los trozos de tela rasgada y apretarlas con las manos en forma de puño.

—No será como tú. Tampoco será como yo —susurró—. Tu demonio me engañó, y me consumió en pensamientos, y trazó mi camino... pero el destino de la niña será lo que ella desee.

La madre de la niña se levantó de donde estaba, y le dio la cara tanto al demonio como a la anciana hechicera.

—¿Me volverás parte de ti? ¿Me convertirás en un nuevo demonio?

—No. Tú te convertirás en parte de él. Tu padre, vivo o muerto, esté consciente o no... te comerá. Ya ha comenzado su banquete con ese hombre que compartía esta casa. Y la niña irá justo detrás de ti.

La anciana hechicera dio un paso adelante con el bastón. Era suficiente.

La niña habló en un susurro mientras lágrimas cargadas de angustia y de rabia resbalaban por sus mejillas.

—¡No! ¡El demonio no comerá a nadie más!

Sus manos pequeñas sostuvieron el libro de los colores con firmeza. No había perfeccionado el anteúltimo hechizo, pero sentía que debía intentarlo, o no se lo perdonaría jamás. Pensó en el color dorado con todas sus fuerzas, diciendo para sus adentros que era el momento de usarlo. El dorado era el túnel entre la vida y la muerte. Entre la luz y la oscuridad. Entre el amor más sagrado y el odio más profundo. El camino que podía tender puentes entre los problemas del mundo y las soluciones del alma.

Cerró los ojos sin saber si el demonio se la comería, lloró mientras repetía en su interior las palabras del color, y deseó lograr lo imposible.

Dorado. Dorado. Dorado, ¡DORADO!

Una luz fuerte, como un relámpago largo, brilló en su mente. Sólo fueron

unos segundos donde se sintió volar, pero fueron lo que quería.

Cuando abrió los ojos, le pareció que las personas y el demonio habían desaparecido de su habitación. Pronto entendió que no era así. Aunque no había indicios del demonio, la anciana hechicera yacía boca arriba y sangraba por la boca... pero la madre de la niña había caído cerca de ella, y parecía un poco herida por algún impacto del hechizo dorado. Se arrastró hacia la anciana hechicera, y le tomó la mano con suavidad mientras hablaba en susurros.

—Mamá... Mamá... Mamá...

La niña quedó horrorizada con lo que tenía ante sus ojos. ¿Su madre se apiadaba de su abuela, con todo lo que había hecho?

Era una locura. La niña no podía quedarse allí.

Echó las mantas a un costado, escaló la ventana baja y echó a correr una vez más. Se internó en el bosque con el libro de los colores en la mano, y no se detuvo hasta que el sol estuvo a punto de salir. Para entonces, ella ya estaba al final de un largo sendero, en el pueblo. Debió haberse visto devastada porque con tan sólo con una mirada, un viajero le hizo ademán para que se subiera a su carro tirado por dos caballos cansados.

Cuando amaneció, la niña miró el cielo desde la parte trasera del carro. No estaba acostumbrada al traqueteo, pero al poco tiempo de partir, consiguió adecuarse al ritmo. Ya casi había logrado incluso el equilibrio.

Le dolían los ojos de llorar, y sentía el cuerpo exhausto del esfuerzo y de los nervios, pero ahora entendía lo que había ocurrido. Pensaba en azul en lugar de morado porque quería la protección de su madre, pero su madre huía y destruía todo a su paso, y a la vez era esclava de su círculo. Su abuela era igual. La anciana hechicera había engañado a la niña con promesas de crecimiento, con pájaros en el camino y pájaros de cristal, y se había comido a su padre de la misma forma que se había hecho uso del demonio de su abuelo.

La niña no iba a aceptarlo. La cadena de la monstruosidad bien podía remontarse a generaciones enteras, pero no por eso ella iba a ser así.

No había perfeccionado el hechizo dorado, pero había logrado llamarlo a la acción. El dorado era el que llevaba a la última página del librito, que resumía todos los colores en uno. El blanco era el estado de felicidad y tranquilidad luego de haber enfrentado y derrotado al demonio. Era la paz que sobrevenía después de hacer lo correcto. Si algo había hecho la anciana hechicera, era demostrarle que de verdad era una niña valiente.

Tomó el librito, lo miró por última vez y luego lo rompió con sus propias manos. El papel se separó en pedazos, y luego quedó esparcido en el camino de tierra aplastada por el viento. Los colores casi bailaban al compás: eran como los pájaros de cristal y sus posibilidades en el bosque, y los destellos de luces que alguna vez ella había hecho volar.

La niña se enjugó una última lágrima mientras miraba el cielo, que comenzaba a colorearse en naranja y celeste. Recordó lo que su padre le había enseñado con unas pocas palabras al ofrecerle un pájaro hecho trizas y reparado: si realmente quería, podía hacer algo distinto a lo que siempre había hecho. Aunque sólo durara un segundo, valía la pena, porque podía cambiar la vida de una persona.

Ella no necesitaba ser ni un monstruo, ni un pájaro. No tenía ni siquiera que ser lo opuesto a su madre, por tratar de ser mejor. No hacía falta que fuera nada ni nadie más que ella misma.

Al darse cuenta de esto, quiso llorar y reír a la vez, pero optó por lo último. Su madre había tenido razón en una cosa: el destino de la niña sería lo que ella deseara. Ella crearía su propio sendero a recorrer, sus propios brillos y destellos, y bailarían con ellos en su esencia, en su naturaleza, por primera vez en verdadera libertad.

**FIN**